



Aletheia, vol. 16, núm. 33, e247, febrero 2025 - o c{q}4248  
 ISSN 1853-3701 Universidad Nacional de La Plata Facultad  
 de Humanidades y Ciencias de la Educación Maestría en  
 Historia y Memoria

## “¿Del rojo al negro?”, por Alessandro Portelli

### Ana María Barletta

Instituto de Investigaciones en Humanidades y  
 Ciencias Sociales (UNLP-CONICET), Facultad de  
 Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad  
 Nacional de La Plata, Argentina.

barlettaam@gmail.com

 <https://orcid.org/0009-0008-7863-3349>

### Norberto Wenk

Facultad de Ingeniería / Facultad de Periodismo y  
 Comunicación Social, Universidad Nacional de La  
 Plata, Argentina.

norbertowenk@gmail.com

Publicación: 1 diciembre 2025

### ¿Por qué traducir a Alessandro Portelli nuevamente en *Aletheia*?

La pregunta tal vez debería ser: ¿Por qué seguimos traduciendo a Portelli? Efectivamente, no es la primera vez que Alessandro aparece en nuestras páginas. Las razones son varias, porque es un gran amigo de la Casa y por eso pudimos incorporarlo a nuestra comunidad como Doctor Honoris Causa de nuestra Facultad, de nuestra Universidad; porque nos ha visitado muchas veces y nos ha inspirado; porque continúa inspirándonos con sus trabajos acerca de la memoria, la historia y la oralidad. Son múltiples las referencias a Portelli en *Aletheia*, en sus editoriales, en varias entradas de las que recordaremos acá solo tres que invitamos a visitar:

Podríamos remitirnos a las palabras de Hernán Sorgentini cuando respondió a esta misma pregunta, para presentar el artículo “Luto, sentido común, mito y política en la memoria de la masacre de Civitella Val di Chiana (Toscana, 29 de junio de 1944)”, traducido por las colegas María Lucía Abbattista y Virginia Sampietro.<sup>1</sup>

También podemos recordar la entrevista “No éramos diletantes, no éramos amateurs. Éramos profesionales pero fuera de lugar” que, durante su visita en 2014, le realizaron las colegas Florencia Matas, Gisele Nieto, Laura Monacci y Eleonora Bretal, en el marco de la entrega del título de Doctor Honoris.<sup>2</sup>

Y, finalmente, la magnífica reseña de su último libro de 2020, presentado en nuestra Facultad, *Lluvia y veneno. Bob Dylan y una balada entre la tradición y la modernidad*, realizada por lxs colegas Mónica Gatica y Gonzalo Pérez Álvarez.<sup>3</sup>

Hoy, presentamos un artículo magnífico que anuda trabajos anteriores de Alessandro sobre la vieja ciudad industrial de Terni, obrera, roja, comunista de la segunda posguerra, con la situación actual de esa misma ciudad, en tiempos de la extrema derecha. Y a esto se refiere el título del artículo “¿Del Rojo al Negro?” Muy sugestivo título que nos hace exclamar: ¿Cómo fue posible?

Cita sugerida: Barletta, A. M. y Wenk, N. (2025). “¿Del rojo al negro?”, por Alessandro Portelli. *Aletheia*, 16(31), e247. <https://doi.org/10.24215/18533701e247>



Es fascinante la maestría con la que Alessandro articula la riqueza de los testimonios (registrados por él mismo en diferentes coyunturas) con el itinerario de la trayectoria declinante de los partidos políticos de la izquierda y el indetenible deterioro material de la ciudad, en el marco del progresivo desmantelamiento y reducción de la famosa acería que, otrora, dominaba la organización de la vida cotidiana de la ciudad.

Es notable la fecundidad de las palabras de sus testigos, lo bien que hablan, las sensaciones que transmiten, los recuerdos cruzados y la magistral pluma de Portelli para entrelazar tantas dimensiones en el análisis que logran organizar una explicación a esa pregunta desesperada que nos hacemos incluso en Argentina: ¿Qué fue lo que pasó?

Recordábamos también, mientras traducíamos, la primera vez que lo escuchamos en La Plata, en 2002, en las Primeras Jornadas de Historia y Memoria en la FaHCE, cuando expuso su ponencia sobre las Fosas Ardeatinas, publicada luego en la revista *Sociohistórica*.<sup>4</sup> El auditorio era como misa, silencio y expectativa y la gran similitud con tantas sensaciones y acontecimientos nacionales. Nuevamente apreciamos esa coincidencia en este artículo reciente. Cuántas cuestiones se explican en tan pocas páginas, cuántas sensibilidades convergentes Italia-Argentina. Estamos viviendo tiempos muy difíciles de entender, hemos hablado de "crisis de comprensión" y creemos, entonces, que este nuevo texto de Portelli encuentra muchas pistas para interpretar en la concomitancia de memorias más o menos largas, más o menos cortas junto a cambios en las subjetividades, pero sobre la base también de cambios materiales y políticos profundos. Experiencias, hilos subterráneos de las culturas populares con vínculos más o menos visibles que ligan a las clases subalternas con la cultura hegemónica, debates en torno a la clase y su relación con las tradiciones de lucha, los conflictos irresueltos y las apuestas paralelas, complementarias, hacia otras vías de resolución de la vida cotidiana. Alessandro es un maestro en dar voz a la subalternidad y, a la vez, construir con esas voces una explicación histórica junto a otras dimensiones del análisis de lo social.

Gracias, Alessandro por este nuevo texto estupendo.<sup>5</sup>

### **“¿Del rojo al negro?”, por Alessandro Portelli**

Cuando estalló la pandemia en febrero de 2020 y estábamos todos confinados en casa, yo acababa de empezar un nuevo proyecto: tratar de entender cómo la ciudad de Terni, un centro siderúrgico de Umbría en el corazón de Italia, sobre la que había estado trabajando y escribiendo durante medio siglo<sup>6</sup> (y donde crecí), había pasado de ser una ciudad de clase obrera militante de color rojo intenso a un bastión electoral de la extrema derecha en el lapso de un par de años. El proyecto se vio interrumpido por la pandemia (se hizo imposible recorrer los casi 100 km que separan Roma de Terni y no tenía ganas de hacer entrevistas delicadas de forma virtual). Así pues, estas son algunas reflexiones desarrolladas en la primera fase, con vistas a reanudar el proyecto en los próximos meses.

Describiré este cambio enfocándome en dos momentos históricos: 1949-1953 en un extremo y 2014-2018 en el otro. Pero primero, debemos tener una idea de lo que ha representado históricamente la clase trabajadora en esta ciudad.<sup>7</sup>

Remo Righetti, obrero fabril y activista antifascista nacido en 1901, describió el Terni de su infancia anterior a la Primera Guerra Mundial como "una ciudad de 30.000 obreros".<sup>8</sup> Por supuesto, se refería a treinta mil personas; pero el lapsus indica la sensación de que los únicos que contaban en Terni eran los trabajadores. Hasta los años sesenta, en la visión de un narrador de clase media, la presencia física y simbólica de la clase obrera llenaba literalmente todo el espacio de la ciudad:

Cuando los obreros salían de la acería, la acería de Terni, era mejor que no te interpusieras en su camino. ¿Alguna vez los viste cuando salían? Era como un río [...] como un río que llenaba el bulevar, ambas veredas, izquierda y derecha, y las bicicletas, pululando y arrasando todo a su paso. Mirá, era mejor que no te interpusieras en su camino, pasara lo que pasara, porque te levantaban y te llevaban, como [el desborde de una presa]. Impresionante. Y esos eran los trabajadores, esa era la clase obrera. Digo, ¿querías ver a la clase obrera? Tenías que estar allí a las 2 de la tarde, en el cambio de turno. Iban en pequeños grupos, pero cuando salían era como el desborde de una presa. Hasta finales de los

sesenta era un espectáculo aterrador. Y salían como un enjambre [hacia el centro de la ciudad], como un coágulo que llena una arteria. Impresionante.<sup>9</sup>

Este es el contexto en el que los trabajadores del acero salieron a las calles el 17 de marzo de 1949 para protestar contra la adhesión de Italia al Pacto del Atlántico y a la OTAN. Iban en masa a una manifestación en el centro. Pero el “impresionante” espectáculo del cambio de turno bastó para asustar a la policía que estaba formada bloqueando la calle para impedirles marchar. Ambrogio Filippini, un expartidario que estuvo en la marcha, recordaba:

Cuando los trabajadores salían de la fábrica, por supuesto eran muchos, por lo tanto, toda la calle era un torrente de gente que se iba, que se movía. Esto, para la policía, era una marcha no autorizada. Esto implicaba, para ellos, poder disparar.<sup>10</sup>

A plena vista de la multitud obrera, un policía dominado por el pánico disparó la ametralladora que mató a Luigi Trastulli, un obrero comunista de 21 años que se convirtió en el mártir simbólico de la clase obrera de Terni.

La acería de Terni se había inaugurado en 1885 como industria de guerra, para equipar los acorazados de la marina de guerra y otras fuerzas militares. Finalizada la Segunda Guerra Mundial, con la reducción del aparato militar italiano, la fábrica entró en un proceso de reestructuración, que derivó en una fuerte pérdida de puestos de trabajo en la fábrica. En diciembre de 1952, 700 trabajadores fueron despedidos, casi todos comunistas, socialistas, miembros de los sindicatos de izquierda; cuando, en octubre de 1953, 2000 más se sumaron a esa lista, el pueblo se rebeló. El impactante relato de Amerigo Matteucci, obrero y alcalde de un pueblo cercano a Terni, une el momento de la muerte de Trastulli en 1949 con el de la insurrección de 1953:

Bueno, en la práctica, cuando se empezó a hablar de esta huelga, de esta gran huelga, huelga general... te acordás, ¿no? Terni pasó por momentos terribles entonces. Los comerciantes bajaron sus persianas, sin que siquiera se les pidiera que se sumaran, sin que se los llamara a la lucha. Pero razonaron de esta manera: “Dos mil setecientas personas sin trabajo... y nuestra economía ¿qué será de ella? Y nosotros, ¿qué será de nosotros? ¿Qué vamos a comer?” Así que existía este descontento y cerraron todo, cerraron todo. Cuando los trabajadores salieron de la fábrica, lo hicieron en grupos, porque los jeeps estaban formados afuera. Primero salió un grupo, luego dos grupos, luego tres grupos... en un momento dado, hubo disparos. Disparos y este pobre chico estaba saliendo... un joven de veintiún años... fue acribillado por una descarga que dejó un reguero por toda la pared. Pero fue un arma de doble filo. Porque vimos la sangre, la sangre. Y cuando por todo Terni, hombres como nosotros, como otras personas, empezaron a gritar “Están matando a los obreros”, cuando la gente oyó los disparos (con el recuerdo de la guerra aún vivo, ya que Terni había sido martirizada por los bombardeos), la gente se encegueció de rabia. Desde las ventanas, empezaron a arrojar —quiero decir, incluso las mujeres— platos, ollas y sartenes, al paso de los jeeps. Te lo aseguro, fue como el Día del Juicio Final. Cuando marchábamos por Viale Brin hacia la plaza, fue algo de otro mundo; quiero decir, la gente a lo largo de Corso Tácito, la nueva calle principal que va hacia la plaza del Ayuntamiento... cientos de personas en los tejados, listas para lanzar tejas sobre los policías. Fue increíble, increíble.<sup>11</sup>

El asesinato del mártir simbólico Luigi Trastulli y el momento de identidad simbólico de las barricadas de 1953 se convierten en momentos cruciales de la memoria de la ciudad. De hecho, en la memoria obrera ambos momentos coinciden y la muerte de Trastulli es situada en el contexto de la insurrección de 1953, como si hubiera sido asesinado en el curso de esa lucha. Este relato, por supuesto, es incorrecto desde el punto de vista fáctico, pero desde un punto de vista psicológico, histórico y poético está lleno de significado. El mártir icónico es instalado en el momento culminante de la presencia histórica de la clase obrera militante, como si las barricadas fueran una respuesta, una venganza simbólica, al asesinato impune de su camarada. Esta memoria es un recuerdo a largo plazo: incluso durante 2014, según el cineasta de

Terni, Andrea Liberati, “delante de la cámara muchos trabajadores mayores o sus familiares repitieron el error histórico sobre las fechas de la muerte de Trastulli y los despidos masivos de 1953”.<sup>12</sup>

Estos acontecimientos de 1949-1953 constituyeron, entonces, el eje de la memoria de una ciudad obrera compacta, históricamente roja, con una veta anárquica, que se dio en llamar “tradición subversiva”.<sup>13</sup> A estos dos momentos, sin embargo, habría que añadir un tercero: 2018. El 25 de junio de 2018, la otrora ciudad roja de Terni eligió un alcalde de derecha con una mayoría aplastante (63% de los votos).<sup>14</sup> En julio de 2019, en las elecciones para el Parlamento Europeo, Terni volvió a darle la mayoría a la extrema derecha: los tres partidos de derecha (Lega Nord, los neofascistas de Fratelli d’Italia y Forza Italia, el partido de Silvio Berlusconi) obtuvieron juntos más del 52% de los votos, a lo que hay que sumarle el 16% del populista Movimiento 5 Estrellas. El voto de los partidos que seguimos llamando de Izquierda no superó el 15%<sup>15</sup> ¿Cómo fue que este baluarte rojo pasó a manos de la derecha populista y reaccionaria?

Hay otra ironía en esta historia: el triunfo de la derecha se produce al final de una década de grandes luchas obreras. La acería de Terni había sido parcialmente desmembrada en los años sesenta y en los noventa pasó a ser propiedad de la multinacional alemana ThyssenKrupp. Desde principios del tercer milenio, la fábrica padeció una nueva fase de reducción de personal y de la fuerza laboral, motivada por la crisis del mercado siderúrgico internacional. En realidad, tras diez años de buenas ganancias, la multinacional alemana optó por reducir el tamaño de la fábrica con miras a deshacerse de ella por completo. En 2004, ThyssenKrupp anunció el cierre del departamento de acero magnético, el más avanzado tecnológicamente y económicamente productivo, orgullo de los trabajadores y técnicos de la fábrica. La decisión implicó la pérdida de 900 puestos de trabajo en la fábrica, así como muchos más en las industrias relacionadas y en la economía de la ciudad. El anuncio fue visto como el principio de un desmantelamiento progresivo de la fábrica la cual, aunque mucho más pequeña y fragmentada, seguía siendo percibida como el corazón de la identidad y la economía de Terni.<sup>16</sup>

La generación trabajadora de 2004 es nueva y diferente, pero Terni aún recuerda 1953. Nevio Brunori, delegado sindical, uno de los protagonistas de las luchas de aquellos años, recordaba:

Al menos puedo decir que mi padre trabajaba en una acería y fue despedido en los despidos masivos de 1952 o 53. Papá siempre fue delegado sindical, era conocido, políticamente discriminado, porque esos trabajadores despedidos eran todos militantes o simpatizantes del Partido Comunista o de la CGIL [el sindicato de izquierda]. Mamá siempre me dice, eres igual a tu padre, dice ella, y yo le respondo que estoy orgulloso de ser como mi padre.<sup>17</sup>

Ezio Di Loreto, un trabajador que había estado involucrado en la revuelta de 1953, volvió a las calles nuevamente en 2004:

Viví el 2004 muy intensamente y le dije a alguien: no te olvides de ese episodio del 53. La diferencia entre el 53 y el 2004, no luchamos contra la policía en las calles, no teníamos eso, pero teníamos todo lo demás, la movilización de las instituciones, la participación de la parte activa de la población, sindicatos, asociaciones; en suma, estaba todo ahí, no faltaba absolutamente nada.<sup>18</sup>

El día de la huelga general contra los despidos, el 6 de febrero de 2004, Terni parecía una ciudad fantasma. Como en 1953, todos los negocios estaban cerrados (con carteles en las vidrieras que decían “cerramos los negocios hoy para no cerrar la ciudad mañana”), autobuses vacíos exhibían carteles de solidaridad con los trabajadores, treinta mil personas se manifestaron en la plaza central. Sin embargo, algo había cambiado: en aquella plaza llena de gente, había una llamativa ausencia de carteles de afiliación política y sindical, las pancartas más visibles eran las de los hinchas del equipo de fútbol local, el Ternana. Los discursos del alcalde y de los sindicalistas hicieron hincapié en la dimensión feudal de la multinacional como potencia extranjera, pero casi sin hacer referencia alguna al conflicto de clases entre capital y trabajo. Era Italia contra Alemania, como en el fútbol. El alcalde Paolo Raffaelli, muy carismático, denunció la traición de “los señores de Essen y Duisburgo” a la ciudad y a los trabajadores quienes le habían confiado tanto que casi no hubo huelgas durante todos los 90. El historiador Renato Covino, cuando participaba en una marcha obrera, comentó: “Odiar a ThyssenKrupp por ser alemanes, no por ser amos, capitalistas”.<sup>19</sup>

Fue el punto álgido de una lucha obrera épica, pero también fue el principio imperceptible del fin. Hoy, el sindicalista Alessandro Rampiconi comenta: “Si mirás las fotografías [de la huelga general] de 2004, en el centro de esa gente [a la que se la ve llevando] la bandera del comité de fábrica con el puño en alto, dos tercios de esas personas son las mismas que en las últimas [elecciones] políticas votaron por [la derecha] 5 Estrellas y Lega”.<sup>20</sup>

Entre 2004 y 2005, las grandes luchas obreras consiguieron al inicio salvar la planta de acero magnético; más tarde, al menos, salvar puestos de trabajo. Pero la empresa volvió al ataque en 2014: tras un intento fallido de vender la fábrica, exigió una reducción de 400 puestos de trabajo. Esto fue respondido con una de las huelgas más largas de la historia de la clase obrera en Italia, con casi tres meses de piquetes, marchas, manifestaciones, abrazos al edificio de la administración, viajes a Roma para manifestarse (y ser golpeados por la policía: incluso el alcalde de la ciudad y el secretario nacional de los sindicatos fueron apaleados por la policía). Sin embargo, en comparación con la fase anterior, los trabajadores estuvieron más aislados; la ciudad, en su mayoría, simpatiza con esta lucha pero no participó tan activamente como antes. Los negocios permanecieron abiertos. Fue un último grito de ahogado, otra gran manifestación, de nuevo treinta mil personas en la plaza. Pero ahora se produjo una brecha dramática entre los trabajadores y sus representantes. Hubo abucheos, rechiflas, silbidos cuando la secretaria nacional del sindicato, Susanna Camusso, se paró para dirigirse a los asistentes.

Finalmente, el sindicato firmó un acuerdo que salvaba lo que podía salvarse, pero que fue visto por el trabajador como una aceptación de la derrota, cuando no una traición. Los 400 despidos fueron cancelados, pero cuando la empresa ofreció una bonificación de unas decenas de miles de euros a quienes “voluntariamente” aceptaran dejar su empleo, más de 500 trabajadores, muchos de ellos con gran amargura, aceptaron. Era una señal de que ya no creían en el futuro de la fábrica, en el futuro industrial de la ciudad. Pocos meses después de aquella épica lucha obrera, la ciudad giró masiva y traumáticamente hacia la derecha. Francesca Mancosu, una joven periodista, evoca:

Recuerdo que registré el último momento del último mitin electoral de [Matteo] Salvini [el líder de la derecha populista y xenófoba] en la Piazza della Repubblica y recuerdo ese cierre de campaña electoral frente a la biblioteca municipal. Llego apurada, logro captar los dos últimos minutos, con toda esa gente alabando a Salvini. Empecé a llorar, no quería creer que algo así fuera posible, en esa misma plaza en la que había visto tantas concentraciones diferentes, y escuchar a toda esa gente alabando a este hombre como si fuera el salvador de la patria o algo así. Pero fue realmente terrible. Reconocí entre la gente a la hermana de mi cuñada, que es de una familia maravillosa de muy buena gente. Y estaba allí con su novio de ese entonces. Y, así, allí descubrí que en cierto modo eran partidarios de Salvini y también lo eran el abuelo de mi sobrina, y mi cuñado, toda muy buena gente. Es decir, enterarme de que gente que conozco bien y que me cae bien, gente a la que no considero ni extremista ni racista ni malvada, haya decidido votar a Salvini.<sup>21</sup>

La intervención de un líder nacional en las elecciones locales demuestra que, al menos en parte, el cambio político en Terni debe considerarse dentro de un contexto nacional que incluye la hegemonía de la ideología y la política neoliberales; la crisis de la izquierda, que deja a los trabajadores sin identidad ni representación política; y una obsesión por la seguridad alimentada por la derecha y los medios de comunicación y reiteradamente identificada con la presencia de inmigrantes. Como toda la nación, Terni también sufre el crecimiento de la inseguridad social, que la derecha xenófoba vincula instrumentalmente a un supuesto incremento de la delincuencia que es atribuida a la inmigración. Como muchas otras ciudades, Terni también, dice el sindicalista Domenico Rosati, “es una ciudad asustada”.<sup>22</sup> Basta un incidente para cambiar la percepción de toda una ciudad.

*Flavio Di Gioia:* El episodio clave ocurrió hace tres años [2016]. Hubo un brutal asesinato de un joven de Terni, de apenas 28 años. En un club del centro, un marroquí rompió una botella [y mató a este chico]. Al momento de las elecciones de 2014, la Lega no existía en Terni, no tenía representación. Este episodio fue inmediatamente agrandado por uno de los fundadores de la Lega

en Terni. Él supo cómo manejar esa sensación de inseguridad en el momento (la muerte de ese joven, la forma en que murió), unos meses después había elecciones y en medio de ese clima, un estado de ánimo que tenía poca base en cualquier peligro real, entre comillas, [claramente alimentado por] los medios de comunicación y las redes sociales, [la derecha se aprovechó de ello].<sup>23</sup>

En el caso de Terni, estos elementos generales resultan enfatizados e integrados por las condiciones locales. En primer lugar, tenemos la reducción de la fábrica y de la presencia de la clase obrera en la demografía de la ciudad. Hasta los años sesenta, Terni era prácticamente una ciudad obrera, dominada por la compañía estatal que llevaba su nombre, que controlaba no sólo las acerías, sino también la industria química y las fuentes de energía y electricidad. A partir de los años sesenta, la desintegración de la empresa y la privatización y venta de la acería a una multinacional alemana debilitaron la identificación entre la ciudad y la fábrica. Sumado a eso, está el cierre de importantes plantas químicas y textiles y la nacionalización de la industria eléctrica. Por lo tanto, el peso numérico de los trabajadores —incluidas las mujeres anteriormente empleadas en la industria textil— también se redujo: mientras la población se mantiene estable, los trabajadores son menos y están fragmentados en una multiplicidad de contratos e historias personales. Todavía en los años 80, la acería aún empleaba a 15.000 trabajadores; en 2020, sólo eran 4.400, de los cuales casi el 50% eran trabajadores temporales subcontratados, trabajadores de servicios, trabajadores de limpieza, entre ellos muchos inmigrantes. Incluso en la huelga de 2014, muchos trabajadores lucharon por sus puestos de trabajo porque la fábrica sigue siendo el lugar donde se ganan la vida, pero cada vez tiene menos y menos que ver con su identidad, con su proyecto de vida, con el sentido de pertenencia a una comunidad de trabajadores. Y el acuerdo final, de todos modos, acentuó la división al dejar afuera a los trabajadores temporales y subcontratados.

Dividida y con menos trabajadores, la fábrica opera cada vez menos como lugar de socialización y crecimiento colectivo: “hoy, la dimensión general es el vacío porque ya no hay movimiento de gente adentro. Hoy, ni siquiera el trabajador de adentro habla con alguien, se siente solo porque incluso en las líneas de producción hay un problema de solidaridad, por así decirlo, entre los trabajadores” (Attilio Urbani).<sup>24</sup>

La reducción de la fábrica implicó una pérdida económica para la ciudad. La acería no sólo era una fuente de salarios, sino también de bienestar: las pensiones de los trabajadores jubilados eran vitales para muchas familias en las que los jóvenes luchan por encontrar trabajo. A medida que los familiares de edad avanzada mueren, las familias pierden ingresos, por lo que la inseguridad económica se extiende a otros chivos expiatorios: “El abuelo que vive hasta los 70 u 80 años es una fuente de ingresos que ayudaba a las nuevas generaciones de los ochenta a convertirse en propietarios, a tener un estilo de vida diferente. Era el bienestar que venía de la fábrica. Y cuando esto falla, ahora que las nuevas generaciones quizás ni siquiera tienen trabajo, se alimenta considerablemente la ira porque el voto es un voto de protesta” (Di Gioia).<sup>25</sup>

A esto se añaden los problemas específicos de la izquierda de Terni: demasiado tiempo en el poder y sin cambios internos, llegó a ser percibida como una camarilla de poder, recluida en “una especie de casta cerrada en sí misma” (Giuditta Pellegrini),<sup>26</sup> cada vez más y más alejada del mundo del trabajo y afectada por episodios de corrupción reales, inventados o inflados: “Nos encerramos en la ciudadela. La izquierda era percibida como una camarilla de poder. Existía la sensación de que este poder se había vuelto tan generalizado que lo había penetrado todo... Así que, cuando salió a la luz esta investigación [sobre supuestos escándalos en el área de salud], todo explotó” (Rosati). “Si quiero convencer a alguien de que vote al Partido Demócrata, o a la centroizquierda, quizás a un exmiembro del Partido Comunista, ¿qué le digo? No tengo forma de afirmar que estamos del lado de los débiles, que estamos del lado de los trabajadores, no puedo hacerlo. Porque estos no son los temas que están en el centro [de la izquierda] hoy” (Di Gioia).

Me impresiona el eco, en las propias palabras de Di Gioia, de un cambio significativo en la percepción de lo que queda de la visión de sociedad que tiene la “izquierda”: que deben estar del lado de “los débiles” (o, en el discurso público actual, de “los últimos”, “los frágiles”, “los vulnerables”...) en una sociedad desigual por naturaleza. En otra época, la izquierda ayudaba a que los trabajadores se identificaran no como “los

últimos” sino como la vanguardia de un nuevo mundo de igualdad y poder; los trabajadores manuales eran exhibidos (también retóricamente) como físicamente fuertes, orgullosos de su destreza y del trabajo que realizaban, y conscientes de su poder colectivo. ¿Cómo podés sentirte orgulloso, cómo podés identificarte, cuando quienes deberían representarte te describen como débil, impotente o, en el mejor de los casos, necesitado de protección paternalista?

Por otra parte, durante décadas, incluso sectores de la izquierda habían empezado a percibir a la fábrica y a los trabajadores no tanto como un recurso, sino más bien como un obstáculo que impedía el desarrollo de alternativas económicas y culturales. A medida que la fábrica iba perdiendo importancia económica, aumentaban la hostilidad y el desencanto. En palabras de una revista virtual local: “con el paso del tiempo, Terni, como ciudad industrial, se encontró cada vez más sometida a una fábrica cuyos fines se fueron alejando progresivamente de las necesidades de la ciudad cuya dirección se fue volviendo cada vez más inalcanzable para la comunidad local, en la que la maximización de los beneficios acabó por sustituir al bienestar colectivo”.<sup>27</sup>

En este contexto, también está aumentando la conciencia acerca de los costos medioambientales y sanitarios de la industrialización. Hasta los sindicalistas y los activistas de la izquierda radical reconocen el problema: “Terni está situada en una cuenca de montaña, donde el aire se estanca y crea un efecto invernadero. Cuando sopla el viento y arrastra el humo de la acería, a ciertas horas se siente un tufo, algo que se mete dentro de uno... tanto es así que cuando sopla el viento, el polvo de acería se propaga en medio de la ciudad” (Taurino Costantini); “El polvo es algo constante, un pedazo de la ciudad que está constantemente contaminado, a diario, por la fábrica” (Battista Garibaldi).<sup>28</sup> El resultado es que, como dice la periodista Giuditta Pellegrini, “todos tenemos a alguien que trabaja en la acería, pero por otro lado todos tenemos a alguien con cáncer”.

Hubo un tiempo en el que no había una sola familia que no tuviera relación con la fábrica; hoy son cada vez más los jóvenes que ven a la fábrica como algo ajeno a su existencia, y no tienen la relación afectiva y emocional de las generaciones anteriores, ni el recuerdo directo de su historia y de las vidas de las que está hecha. Para muchos de ellos, la fábrica es algo extraño, cuando no un perjuicio para la salud y un ambiguo vestigio de un pasado que aún asfixia a la comunidad. Chiara Furiani, música y guía turística, ex alumna mía, comenta:

Hace dos o tres años, un actor y director de Terni, Leonardo Delogu, montó un espectáculo muy interesante. Nos llevó a Pentima [la colina desde la que se divisa la fábrica] para observar la acería. Fue muy impactante para mí. Quiero decir, nunca había visto cuán grande es la fábrica. Nunca me había dado cuenta de que la fábrica ocupa... no sé... ¿dos tercios de la ciudad? Me refiero a que en realidad es la ciudad la que se formó alrededor de la fábrica y no al revés. Y me pregunté, concretamente, hasta qué punto es incómoda esta presencia. Y además, siempre lo digo, una fábrica que también nació con un karma [negativo], entre comillas, es decir, encima de una enorme necrópolis, la necrópolis más importante de los Apeninos umbros que había aquí en nuestro territorio. Y una ciudad que construye su futuro sobre un cementerio... No creo que sea agradable... Por eso, personalmente, me encantaría que la ciudad explorara poco a poco otros territorios porque, en mi opinión, atar la supervivencia a la fábrica no es posible, tenemos que inventar algo diferente y bueno. Así que ese momento [el de la huelga] lo viví de forma contradictoria, por supuesto que simpatizo con los que siguen trabajando allí pero me parece un poco como un cadáver y lo cargamos nosotros.<sup>29</sup>

Sin embargo, tanto en 2004 como nuevamente en 2014, la ciudad seguía estando del lado de los trabajadores: el daño económico seguía siendo real y algunas marcas de identidad profundas no se borran fácilmente. Pero la perspectiva es diferente: 2014 “fue la última vez que los trabajadores y toda la ciudad se juntó en la plaza para defender” a su “fábrica” (Andrea Liberati). Así, la hostilidad con la que fueron recibidos los dirigentes sindicales marcó el momento de mayor distanciamiento entre la ciudad, los trabajadores y el sindicato, la política y la Izquierda. La sensación de derrota inminente se materializó unos días después. Nevio Brunori, uno de los protagonistas de aquellos diez años de luchas, comentaba: “El que

me enseñó historia, David al menos logró derrotar a Goliat una vez, pero luego los goliats se convirtieron en dos, tres, cuatro, y el pobre David no lo logró”.

A la izquierda le gusta repetir que las luchas, sea cual sea su resultado, sensibilizan a los trabajadores, elevan la conciencia de clase. Pero si diez años de lucha acaban en derrota, entonces la lección por aprender es que la lucha es inútil, cuando no perjudicial. La izquierda encarnaba una visión de futuro, un cambio, una sociedad diferente. Cuando esta visión deja de ser realista, la izquierda también se desdibuja. Entonces, para empezar a concluir este discurso, me gustaría contarles una pequeña alegoría.

En 1970 entrevisté a uno de los líderes del movimiento de los sin techo de las periferias y barrios marginales de Roma, un obrero de la construcción que había participado en al menos cinco ocupaciones, y que cada vez que fueron desalojados siempre volvió, con los demás, a ocupar nuevamente. Fue una hermosa historia de dignidad, combatividad, conciencia. Luego, al final de esta conmovedora entrevista, tiró una pregunta diferente. Tengo una hija que es muy buena en la escuela, dijo, pero no tengo medios para pagar su educación: “¿Conocés a alguien que pueda encontrarle un lugar en un internado o algo por el estilo?”<sup>30</sup> Yo no conocía a nadie que pudiera ayudarlo, no podía hacer nada por ellos y no sé si al final él consiguió una casa y ella, un diploma. Pero esta historia me volvía a la memoria una y otra vez. Y hoy me ayuda a comprender algo del abismo en el que hemos caído. En síntesis, para mejorar su vida y la de sus seres queridos, el trabajador con el que hablé estaba, por así decirlo, cubriéndose las espaldas. Por un lado, confiaba en la lucha colectiva, la solidaridad, desafiando la estructura de poder y la propiedad privada, mejorando su vida y la de su familia junto con las de los demás. Por otro lado, por si eso fallaba, también buscó una solución individual, a través de la más simbólica de las herramientas de subordinación y dependencia de los poderosos: la recomendación. Si no podía hacerlo junto con los demás, lo único que le quedaba era intentar hacerlo solo. Cuando la lucha colectiva fracasa, cada uno va por su cuenta. Al final de una hermosa novela titulada *Inox*, escrita por Eugenio Raspi, extrabajador de ThyssenKrupp, el protagonista comenta: “Pronto nos dividiremos entre los que están seguros de salvarse y los que creen que ya están perdidos”.<sup>31</sup>

La dura huelga de tres meses contra los despidos en la acería ThyssenKrupp de Terni terminó finalmente cuando quinientos trabajadores, uno a uno, aceptaron renunciar “voluntariamente” a su puesto de trabajo a cambio de una prima de 50.000 a 60.000 euros. Muchos lo hacen con dolor, pero están convencidos de que no tienen otra opción. El protagonista de Raspi también acaba aceptando el retiro voluntario a cambio de 60.000 euros. Mientras firman el acuerdo, él y sus compañeros “mantienen la vista baja. Apuesto a que se sienten tan traidores a su país como yo”, afirma. Para algunos es una liberación del trabajo penoso y monótono de una vida fabril que tiene cada vez menos sentido; pero para él, y quizás para la mayoría, representa la desintegración de una identidad compartida que dio sentido a esos diez años de resistencia: “la diferencia entre ser un grupo que marcha de forma compacta o ser una multitud desordenada en la que cada uno va a su propio ritmo”. Participaron en la lucha colectiva, no tuvieron éxito, ya no creen en ella, no por ideología, sino porque salió mal demasiadas veces: “Estoy cansado de hablar en nombre de todos. Aprendí la lección. A partir de ahora hablaré sólo en mi nombre, porque salvar lo que puede salvarse ya no parece posible”.<sup>32</sup>

No será por casualidad, entonces que quince años de luchas que comenzaron con la épica huelga general de 2004 en esta ciudad históricamente roja terminen con la derecha en el poder y la fábrica cada vez más reducida y aislada. Greca Campus, cineasta local, tituló una película sobre estos acontecimientos *Lotta senza classe*, lucha sin clase. Ese es el punto. Por un lado, las relaciones de poder: desde hace al menos dos o tres generaciones, las luchas colectivas no han logrado frenar el poder invisible y férreo del capital financiero y de la globalización. Por otro lado, la ofensiva ideológica: la clase no existe, la única solidaridad es la caridad, la ideología del neoliberalismo nos enseña que, como en las célebres palabras de la señora Thatcher, no existe algo como la sociedad y los individuos se vuelven “emprendedores autónomos” para comercializar su capital humano personal. El “mérito” individual es la única medida de la humanidad, la clase se convierte en multitud, en “turba”.

Todos estamos solos, realmente somos una multitud solitaria, y las voces que intentan recordarnos que juntos valemos más que la suma de nuestras soledades son muy débiles y cada vez menos convincentes.

Hubo un tiempo en que lo sabíamos. En 1953, el cantante y poeta popular Dante Bartolini todavía creía en la lucha defensiva para salvar los puestos de trabajo de los obreros como un paso hacia el futuro. En medio de despidos masivos, seguía cantando que “la gran victoria no está lejos”, seguía imaginándose el sol naciente del futuro.<sup>33</sup> Ya durante la gran huelga de 2004, que tuvo un éxito parcial, me di cuenta de que, aunque las formas de lucha eran las mismas, a veces incluso más duras que las de 1953, la visión de futuro, sin embargo, había desaparecido. La nueva generación de trabajadores no luchaba para liberarse y avanzar, sino para no ser empujada hacia atrás y hundirse. De las dos alternativas que señalaba mi camarada romano, solo queda una. Por eso me duele pero no me sorprende ver que, una vez perdida la esperanza de liberarse todos juntos, quienes temen hundirse se someten a la hegemonía de los poderosos y dirigen sus frustraciones hacia chivos expiatorios alternativos. El sueño del sol del futuro se disuelve y se contamina y no hemos sido capaces de imaginar un nuevo sueño, otro futuro posible. Cuando el futuro está perdido y el presente es incierto, la esperanza se convierte en hazaña, y la izquierda significaba esperanza, la derecha cabalga sobre el miedo. Bruce Springsteen dice: “¿Un sueño es una mentira si no se hace realidad o es algo más? ¿Se convierte en una mentira, en una maldición o en algo peor?”<sup>34</sup> Exactamente.

Sin embargo, nos queda algo. Por eso, terminaré con las últimas palabras del libro de mi amigo y camarada Eugenio Raspi: salvar la dignidad en la derrota es la única manera de imaginar, si no una “gran victoria”, al menos sobrevivir hasta la próxima batalla.

Desde hoy ya no soy un empleado de Acciai Speciali [ThyssenKrupp]. A partir de ahora, soy uno de los que se han quedado solos, esperando, aferrándonos a un chaleco salvavidas empapado. Nosotros, los que estamos buscando un futuro cuando todavía no se vislumbra un futuro, ni enfrente ni a la vuelta de la esquina, de todos modos, cruzaremos esa esquina sin miedo, no como ratas de alcantarilla que huyen tras el golpe, sino con la cabeza bien alta como quien no tiene nada que ocultar, que está en paz consigo mismo y en guerra con los que se aprovechan de las miserias de los demás.<sup>35</sup>

## Notas

1 <https://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/issue/view/487>

2 <https://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/issue/view/485>

3 <https://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/issue/view/568>

4 [https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.3065/pr.3065.pdf](https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3065/pr.3065.pdf)

5 Traducido directamente del texto original por cortesía del autor. El mismo artículo ha salido, en forma algo distinta, como “De roig a negre?”, *Temps i espais de memoria. Revista digital del Memorial Democràtic*, Barcelona, núm. 8, 2021.

6 Ver *La città dell'acciaio. Due secoli di storia operaia* (Roma: Donzelli, 2017); *Biografia de una ciudad industrial. Terni, 1831-2014* (Nueva York: Palgrave, 2014).

7 Salvo que se indique lo contrario, todas las entrevistas y sus transcripciones y traducciones corresponden al autor de este artículo y fueron grabadas en Terni.

8 Remo Righetti (1901), obrero, 9.2.1979.

9 Ambrogio Filippini (1930), funcionario del movimiento cooperativo, 11.5.1979.

10 Ambrogio Filippini (1930), funcionario del movimiento cooperativo, 11.5.1979.

11 Amerigo Matteucci (1919), obrero de la construcción, 12.14.1974.

12 Andrea Liberati, mensaje al autor, 3.11.2020. Para un análisis completo de este episodio y su recuerdo, véase mi artículo “The Death of Luigi Trastulli. Memory and the Event,” en *The Death of Luigi Trastulli and other Stories. Form and Meaning in Oral History* (Albany, NY: SUNY Press, 1991), pp. 1-27.

13 Gianfranco Canali, “Tradizione e cultura sovversiva in una città operaia: Terni 1880-1953”, en Renato Covino, Giampaolo Gallo (a cura di), *Storia d'Italia. Le regioni dall'Unità ad oggi. L'Umbria* (Turín: Einaudi, 1989).

14 [https://www.corriere.it/elezioni-2018/risultati-comunali/terni\\_055032.shtml](https://www.corriere.it/elezioni-2018/risultati-comunali/terni_055032.shtml) recuperado el 26 de junio de 2021.

15 [https://www.corriere.it/elezioni-2019/europee-risultati/provincia/terni\\_055.shtml](https://www.corriere.it/elezioni-2019/europee-risultati/provincia/terni_055.shtml), recuperado el 26 de junio de 2021.

16 Véase *Biografia de una ciudad industrial. Terni*, pp. 309-44.

17 Nevio Brunori (1954), obrero siderúrgico, 28.4.2008.

18 Ezio Di Loreto (1928), obrero siderúrgico, 3.11.2008.

19 Véase mi artículo “Terni en huelga: 2004”, *Historia, antropología y fuente oral*, 2, 32, 2004, pp. 48-60.

20 Alessandro Rampiconi (1976), trabajador siderúrgico, dirigente sindical, 25.2.2019.

21 Francesca Mancosu (1975), periodista, 3.6.2020.

- 22 Domenico Rosati, exdirigente sindical, 11.9.2020.
- 23 Flavio Di Gioia (1980), responsable de personal de ThyssenKrupp, alcalde de Arrone (provincia de Terni) por el Partido Democrático, 11.9.2020. El 12 de mayo de 2015, David Raggi, un joven de 27 años de Terni, fue apuñalado hasta la muerte con una botella rota por el inmigrante ilegal marroquí Aassoul Amine, alias Aziz, de 29 años. Al parecer, Amine estaba borracho y en estado de confusión mental, golpeando al azar a los transeúntes: <https://www.google.com/search?client=firefox-b-d&q=terni+marocchino+uccide+ragazzo>, visto el 1 de agosto de 2021. Amine fue condenado posteriormente a una pena de 30 años.
- 24 Attilio Urbani (1954), trabajador químico jubilado, 25.2.2020.
- 25 Véase también Fr. Ca., *Chi trova un nonno trova un piccolo tesoro*, “Micropolis” (Perugia), abril de 2021.
- 26 Giuditta Pellegrini (1975), periodista, 3.5.2020.
- 27 Simone Gobbi Sabini, “Biografía di una città”, *Ribalta*, 3.7.2018, <https://www.ribalta.info/biografia-di-una-citta/>, visto el 6.24.2021.
- 28 Taurino Costantini (1927), trabajador químico, dirigente sindical, 2.5.2004; Battista Garibaldi (1952), trabajador siderúrgico, 11.22.2016.
- 29 Chiara Furiani (1964), música, guía turística, 2.3.2020.
- 30 Entrevistado que prefirió no ser citado, Roma, febrero de 1970.
- 31 Eugenio Raspi, *Inox* (Milán: Baldini & Castoldi, 2017), p. 242.
- 32 Id., p. 239-41.
- 33 Dante Bartolini (1909), “Il 12 dicembre a mattina”, grabado por Valentino Paparelli, Arrone (Terni), 12.7.1973
- 34 Bruce Springsteen, “The River”, en *The River* (Columbia, 1981).
- 35 Eugenio Raspi, *Inox*, p. 247.